

FORMAR PERSONAS EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Leticia Soberón Mainero

Cuanto más compleja y tecnificada es una sociedad, más importancia adquieren la persona humana y los vínculos que establece para formar familias y grupos, y su capacidad para construir conjuntamente la sociedad.

Este texto propone algunos aspectos educativos básicos que no habrían de faltar en la sociedad de la información para que se transforme en sociedad del conocimiento, si se desea que la vida personal y social sean más armónicas y satisfactorias, justas y solidarias.

Contenido

FORMAR PERSONAS EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO	1
Diez años después de la WSIS	2
Formación humana en la “era digital”	3
La persona	3
El paladeo del propio existir y la sorpresa ante este bien primigenio	3
La conciencia y aceptación de la condición humana	4
Familia y cuerpos sociales intermedios	5
La adecuada relación con la historia y la cultura	6
El conocimiento y gestión de las emociones	7
Formación para la paz y la solución de conflictos	8
Formación para la comunicación interpersonal y el trabajo en equipo.....	9
Conclusiones	10

Diez años después del WSIS (World Summit on Information Society)

Se cumplen diez años de la Cumbre de la ONU sobre la Sociedad de la Información, cuya segunda fase se cerró en Túnez, en 2005. Este esfuerzo de las Naciones Unidas, los gobiernos y miembros de la sociedad civil, veía en las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC) “*un gran potencial para promover el desarrollo sostenible, la democracia, la transparencia, la responsabilidad ante la sociedad y el buen gobierno. Desea lograr los objetivos de desarrollo fijados por la Declaración del Milenio, aprovechando las nuevas oportunidades que brindan aquellas tecnologías*”.¹ Un objetivo central de esa Cumbre fue buscar estrategias realistas y eficaces para reducir la brecha digital. Tan excelentes y ambiciosos objetivos no podían basarse sólo en las soluciones tecnológicas, pues éstas no contienen en sí el sentido de su uso; eran condición para alcanzar aquellas metas, pero también podían volverse fácilmente contra ellas. Todo dependía del uso que se les diese, y éste a su vez de las decisiones de personas e instituciones.

No es necesario abundar en la descripción del cambio social y cultural que están acarreado esas nuevas tecnologías. Pero sí es útil tomar conciencia de que la vida del ciudadano medio no ha hecho más que complicarse conforme se han introducido una amplia serie de herramientas tecnológicas que nacieron para simplificar su vida y la han transformado por completo. Y ello particularmente en materia de comunicación, no sólo por el bombardeo mediático y publicitario, cada vez más incisivo y avasallador, sino -en el mundo desarrollado o en los polos desarrollados del tercer mundo- a través de herramientas técnicas capaces de interactuar entre sí: computadoras, teléfonos móviles, tabletas, etc. El individuo, cuyo lenguaje y visión del mundo han cambiado totalmente, se ha vuelto un prolífico emisor/receptor de mensajes de todo tipo: prácticos, emotivos, reflexivos, teóricos... En esta tupida red de tecnología, el único ser capaz de dar sentido al conjunto, el gestor y patrón de la nave sigue siendo, o debería ser, la persona humana, ese misterioso y espléndido individuo en cuyo interior los mensajes adquieren -o no- significado, y en el que se juegan las decisiones de compartir o acumular, hablar o callar, mentir o ser veraz, participar o ignorar a sus semejantes.

El creciente atractivo de los mensajes multimediáticos, de la realidad virtual, de los mundos de ficción presentados por los videojuegos, hace que la persona corra el riesgo de enamorarse de sus propias obras, quedar encantado con la sofisticación tecnológica, perderse y vivir alienado de sí mismo y de sus prójimos de carne y hueso. En esa misma medida corre el riesgo de quedar atrapado como siervo de la tecnología, o como tirano de los demás usando esos mismos medios.

Es a ese ser humano a quien hay que dirigir la mirada como eje de la soñada sociedad de la información. De él, de la familia y del grupo del que forma parte, depende que haya participación ciudadana, que los llamados “valores democráticos” sean sólo palabras e ideas o sean acciones concretas y cotidianas. ¿Qué aspectos, qué habilidades, adquieren mayor importancia para la buena gestión de aquella complejidad, que será cada vez mayor? ¿Es posible pensar en que las personas aprendan a vivir en esta “mediósfera” pacífica y armoniosamente?

Este modesto trabajo desea explorar la parte propiamente humana de una tríada de temas formativos básicos de la sociedad digital. Los otros dos ámbitos son la formación instrumental/mediática y la formación científica. Las claves que se sugieren aquí actuarían como condiciones previas para una percepción crítica de los medios. Y también actúan como vías para la vida democrática, pues cultivan aquellas virtudes básicas humanas que se requieren para la

¹ Compilación de los Resultados de las Conferencias Regionales. Prep.-Com2 - Comité Preparatorio de la WSIS, Ginebra, 21-02-2003.

convivencia civil, que favorecen la paz y el diálogo, incluso porque pueden ser compartidas por personas de muy diversos credos o de ninguno, pero que de algún modo son buscadas por diversos humanismos: la humildad (aceptar la condición humana), la purificación de la memoria (reconciliación con la historia), el reconocimiento del otro como “otro yo”, la capacidad de silencio y escucha, la capacidad de diálogo y de crear vínculos duraderos.

Formación humana en la “era digital”

Edgar Morin proponía en el año 2000² “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”. Visto que la humanidad dejó de ser una noción abstracta para convertirse en algo concreto y cercano, con interacciones y compromisos a escala terrestre, Morin plantea siete líneas de saber: una educación que cure de la ceguera del conocimiento, pues todo conocimiento conlleva el riesgo del error y de la ilusión. Una educación que garantice el conocimiento pertinente: enseñar a discernir, atendiendo a lo general y a lo particular. Que todos los jóvenes aprendan a reconocerse en la humanidad común. Enseñar la perspectiva planetaria, con la Tierra como primera patria. Enseñar a navegar en el mar de la incertidumbre con pocos núcleos de certeza. Enseñar la comprensión interpersonal y grupal sin egoísmo, etnocentrismo, ni sociocentrismo. Enseñar la democracia implica consensos y aceptación de diversidades y antagonismos.

Inspirado en tal propuesta, que encuentro acertada y muy sugestiva, desearía ahondar más todavía en la raíz de lo que puede ser una formación humana de futuro. Aquellos aspectos o herramientas propiamente personales que puedan ofrecer, como la quilla al barco, una estabilidad básica al individuo en cualquier circunstancia que deba afrontar. Probablemente varios de los elementos que propongo se alcanzan ya en forma natural en muchos ambientes, pero ciertamente no son la norma general y menos en este momento histórico en que las ciencias ofrecen más datos que nunca sobre el ser humano, y la educación cotidiana de los niños se ha ido reduciendo a cuidados alimenticios, sanitarios e informativo-escolares.

La persona

Si bien es obvio que no puede aislarse al individuo de su contexto, sí puede hacerse hincapié, como ayuda para la comprensión, en una dimensión más íntima e individual, y posteriormente en otra referida a los vínculos que la persona establece con los demás y con su entorno. El telón de fondo del individuo al que nos referimos, es el de la comunicación social casi omnipresente en su tiempo y sus marcos de referencia. Es el de tantos niños que aprenden, antes casi que a hablar, a manejar el aparato de sonido o el mando a distancia del televisor. ¿Cómo formarlo para ser gestor inteligente de esa tecnología?

El paladeo del propio existir y la sorpresa ante este bien primigenio

La experiencia demuestra cuán escaso es el número de las personas que *paladean* el hecho de que existen. Uso este verbo porque se trata de algo previo al raciocinio; es el vértigo que se siente cuando uno se da cuenta de que está vivo, de que existe. Cuando sin palabras una persona contacta con el desnudo hecho de que *es*, su sorpresa es enorme. Una experiencia tan básica toca la raíz del ser humano. Esa sorpresa es mayor si, además, esa persona cae en la cuenta de que podría no haber existido, si cualquier cosa anterior a ella, de

² Revista *Escuela Española* Num. 3.469 (1.534), Madrid 2-Nov-2000.

las que incidieron en su origen, hubiera sido distinta³, por ejemplo si sus padres no se hubieran conocido. O si se hubieran encontrado en ese abrazo amoroso otro día: habría nacido otra persona; pero él o ella, con su código genético irrepetible, no. Cada uno tuvo un principio, y existe pudiendo no haber sido jamás. Ser quien es, o nada. Ser uno mismo constituye la propia única posibilidad de existir en el universo.

“Nada nos falta
para ser algo
en vez de nada”.⁴

Existir: este bien primigenio y fundamental, previo a todo otro bien posible, es compartido con todos los demás seres humanos. Somos hermanos en la existencia.

Tal “levedad” del ser, que a Kundera le parece insoportable, es el eje de la condición humana: la contingencia. ¡Cuántas veces el hombre ha deseado ser, por sí mismo, como Dios, ser Dios!, tanto que considera una “náusea” el estar abocado a la muerte.

El primer paso para que la contingencia no sea insoportable, sino motivo de básica alegría, es ofrecer a los niños la ocasión de gustar su propia existencia, dejar que se maravillen ante el portento de su ser -como quiera que sean-, y en su momento explicarles que podrían no haber existido: el tesoro de la existencia les ha sido dado gratuitamente, y está lleno de posibilidades.

Precisamente en un contexto de aturdimiento y dispersión, provocada por el bombardeo mediático, es importante para la persona sentir vitalmente su existir pudiendo no haber sido, y gustar la hondura de ese don primigenio. Esto le ofrecerá unas bases para la valoración de sí, de su propia dignidad y la de los otros, inicio de una auténtica cultura de la vida. Sin esta ancla, en cambio, corre el riesgo de quedar absorto en el atractivo mediático y en la frivolidad.

La conciencia y aceptación de la condición humana

Una progresiva “pedagogía de la condición humana” inicia, como hemos dicho, por favorecer las condiciones para que una persona sienta la experiencia serena y radical de la primera evidencia: existe. El siguiente paso es ayudar a la persona a caer en cuenta de la extraordinaria maravilla de su propia realidad, de sus posibilidades y también de sus límites. Pero el tercer paso implica algo más: el asentimiento ante ella, la aceptación radical de esa realidad, que implica la libertad de asumir una circunstancia no pre-elegida. Cada persona afronta la cuestión de aceptar algo que le viene dado: ser él o ella precisamente. Más allá de posibles circunstancias adversas que aquejan con frecuencia la vida, sucede que la tendencia humana a poseer por uno mismo la “absolutes del ser”⁵, es origen de que muchos vivan desencantados de sí en lo que atañe a su ser: su origen, sus concretas circunstancias históricas; el hecho de envejecer y morir; los límites de su razón que lo llevan a equivocarse, y un largo etcétera. Tal “descontento óntico” parece ser más frecuente en las sociedades opulentas que en las pobres, aunque nadie ha hecho todavía una investigación al respecto. La aceptación de uno mismo y de los demás como seres contingentes -con todas sus enormes potencias y también las limitaciones- puede representar, según las culturas, un

³ Cfr. Rubio de Castarlenas, Alfredo: *22 Historias Clínicas de Realismo Existencial*. Edimurtra, Barcelona 1980.

⁴ Rubio de Castarlenas, Alfredo: *Ser*. En: *Revista RE*. Nº 39 Barcelona, 1996

⁵ Rubio de Castarlenas, Alfredo: *22 Historias Clínicas de Realismo Existencial*. Edimurtra, Barcelona 1980, p. 23

camino a veces muy escarpado: el que lleva a la humildad. Pero no la humildad entendida como valor de piedad o erróneamente como minusvaloración de sí; se trata de la humildad que se refiere al ser, la humildad óptica⁶ aquella lucidez que conduce a aceptar con alegría ser quien se es, sabiendo que no se es un ser absoluto. Es el libre asentimiento -tan franciscano- al propio modo de existir en el universo siendo quien se es. Es “caminar en la verdad”, como diría Santa Teresa. Pero este, decíamos, es un paso de la libertad que no puede ser forzado. Usualmente el modo como se favorece que el niño se acepte a sí mismo con naturalidad, consiste en ser aceptado por quienes le engendraron y por quienes le rodean. Pero si eso no se da, la persona puede ir realizando el camino de reconciliación con la realidad a través de la pedagogía -a veces áspera- de la vida, o de procesos de maduración con apoyo de otros.

Aquella sorpresa y este gozo son un gran motor para desarrollar las potencialidades del ser humano. Valorar la propia existencia es base para comprender que toda persona es fruto de la historia, que no se hizo a sí mismo, y que por el hecho de existir, es digno de ser amado. Valorar y asentir a la existencia tal como es, incluso con su pus y sus lágrimas, constituye un modo primigenio de abrirse a la trascendencia: dado que uno no es Dios, ni se dio el ser, por fuerza ha de haber Alguien que lo da y nos sostiene en él. La humildad óptica ofrece sólidos fundamentos para preguntarse por el sentido de la vida y abrirse a una experiencia religiosa sana.

Familia y cuerpos sociales intermedios

La persona se desarrolla y alcanza su madurez precisamente a través del contacto personal con otros seres humanos, pues es un ser social desde su misma raíz. La experiencia demuestra que la inteligencia necesita de la relación con los demás para crecer normalmente; pero lo mismo sucede con la libertad y con el afecto. El espacio familiar (íntimo), y los diversos grados de amplitud del círculo social que lo rodea, son necesarios para que la persona crezca y madure; a la vez esos espacios sociales configuran en gran medida su identidad, su lengua, su cultura.

El contexto familiar es el primer y más radical espacio de formación humana. Como comunidad básica, es el lugar en que cada persona es conocida personalmente y –aunque no siempre- es amada por ella misma. Es el clima en el que se aprende lo más fundamental, el marco adecuado donde el hombre puede encontrar un sentido trascendente a su vida.⁷ Los mecanismos y estrategias aprendidos en familia acompañarán a la persona probablemente a lo largo de toda su vida. Pero la unidad de la familia no puede quedar encerrada en sí misma, olvidando la fraternidad existencial que une a sus miembros con la sociedad que le rodea y con el resto de la humanidad. La familia, además, sufre hoy una situación de desarraigo y estrechez de su hábitat, provocada por la vida urbana, y bajo el bombardeo de los medios de comunicación social. En las megalópolis las familias se ven cada vez más aisladas, frágiles y con tendencia al hijo único. Incluso en los casos de mayor solidez, las familias necesitan apoyos más amplios que las fortalezcan y faciliten su estabilidad. Abandonadas a sí mismas se vuelven espacios demasiado raquíticos sobre los que pesan inmensas responsabilidades, y pueden convertirse en fuentes de patologías relacionales que provocan grandes sufrimientos. Una forma de apoyo consiste en pedir al Estado un marco jurídico y económico más solidario con las familias. Pero no basta. Es conveniente además, que las familias se agrupen y desarrollen en “cuerpos sociales intermedios”⁸, se inserten en ambientes más amplios de

⁶ Rubio de Castarlenas, Alfredo: *Glosa de antropología realista existencial*. RE num. 41, diciembre 1997. pp. 28-33.

⁷ Giner, Salvador: “*Comunidades Sociales Adultas*”. Mezquita, Madrid 1983, p. 23

⁸ *Ibid.*, 20

diálogo y de encuentro, de apoyo mutuo y de solidaridad, que favorezca su estabilidad y la formación global de los hijos.

Los cuerpos sociales intermedios son, precisamente, ese espacio que media entre la reducida familia nuclear y las masas representadas por el Estado. Pueden ser comunidades o asociaciones, es decir, vivir relaciones de tipo más personal o marcadas más por lo institucional, pero en su conjunto cumplen la tarea que en el medio rural asumían las familias extensas y hasta poblaciones enteras de las aldeas, donde cada individuo era conocido por su nombre, se compartían tradiciones, convicciones y fiestas, se solucionaban conflictos y se establecían vínculos de cercanía y amistad en un clima de diversidad. Los cuerpos sociales intermedios actúan como fuente de moralidad y de marcos de referencia y valores para comprender el sentido de la vida.

En las sociedades urbanas de hoy, los cuerpos sociales intermedios adquieren formas nuevas, como comunidades y movimientos religiosos, ONG's, asociaciones y clubs, y en las redes sociales proliferan las comunidades virtuales, cuyo desarrollo está acelerándose vertiginosamente. En todo caso estas nuevas formas colectivas, en su vertiente comunitaria, generan la acogida y la identificación que necesita el ser humano para crecer armónico, aunque esas mismas comunidades deben superar las tentaciones del localismo, el tribalismo y la exclusión.⁹ Pero es en el clima social y comunitario que la persona recibe una formación adecuada en los campos que siguen.

La adecuada relación con la historia y la cultura

Una adecuada relación con la propia realidad cultural es particularmente importante en el contexto de la “cultura mediática globalizada” con sus valores y riesgos. Lo local y lo global convergen armoniosamente cuando las personas tienen una identidad sólida y a la vez no temen abrirse a lo universal.

En un momento en que los nacionalismos y la solidaridad con la propia identidad colectiva están tomando fuerza, es necesario enraizarse de manera adecuada en la historia sin quedar presos de ella.

Es evidente que para cada persona, si sus padres o la historia anterior hubieran sido distintos, no se habría dado la circunstancia precisa y puntual en el tiempo y en el espacio, que provocó su engendramiento concreto.

Tanto la historia pequeña de su familia, más o menos pacífica o conflictiva, grata o dolorosa; como la historia amplia de su nación, etc. tal como fueron, con sus avatares buenos y malos, son con-causas necesarias para su existencia concreta. Los protagonistas de hechos históricos anteriores se comportaron bien o mal, gozaron o sufrieron; pero para cada uno de los que hoy poblamos el planeta, esa Historia concreta ha dado lugar a la oportunidad única que ha posibilitado nuestro radical bien: existir. Si la Historia hubiera sido distinta, los encuentros personales, parejas y matrimonios habrían sido diversos: nosotros no existiríamos. Por otra parte, los contemporáneos no somos culpables ni tenemos méritos por lo acaecido en la Historia anterior a nosotros, sencillamente porque no existíamos.

Esta conciencia, si la persona está básicamente contenta de ser, trae consigo dos ventajas:

⁹ Ibid, 24

- Por una parte, estará adecuadamente enraizada en su historia y la cultura o culturas concretas que le precedieron y que explican su origen e identidad.
- Al mismo tiempo, quedará libre de esa misma historia, del peso de posibles remordimientos sobre lo que hicieron sus antepasados, y de resentimientos contra los contemporáneos de otras naciones, que tampoco son responsables de lo que hicieron sus antecesores. Se da cuenta de que es una “persona nueva”, capaz de conocer la historia tal como fue, sin tapujos, y la realidad presente fruto de aquélla.

Este exacto conocimiento puede ayudar a que se esfuerce en no repetir los errores, injusticias y crueldades cometidos en el pasado, y a que se sienta amistosamente fraterno con todos los coexistentes que deseen colaborar a mejorar el mundo.¹⁰

Por el contrario, cuando en una familia o en una sociedad se cultiva el rechazo de la Historia o de una parte de ella, sus hijos y ciudadanos viven en perpetuo conflicto interior, atrapados en un conflicto irresoluble (nadie puede volver la historia atrás, ni cambiarla). Viven como ajenos en su propia piel, concentrados en los resentimientos contra el pasado, y atribuyendo sus desgracias de hoy a los herederos de sus enemigos de antaño. ¡Cuánto tiempo y energías perdidas! ¡Cuántos prejuicios perpetuados durante innumerables generaciones!

Un ser humano contento de existir y reconciliado con la Historia, es menos proclive a prejuicios y más capaz de establecer vínculos con sus semejantes, es más capaz de ver lo evidente. Sintiendo la *fraternidad existencial* que le une a todo otro ser humano, le es más fácil detectar las necesidades de otros aunque no sean de su etnia o de su región, ser solidario. En él fluye intenso el entusiasmo por conocer el mundo que le rodea, desarrollar su inteligencia, lanzarse a investigar y plantearse preguntas con apasionada curiosidad buscando la verdad, gozándose en la belleza de la creación y empujando la realidad hacia el futuro.

El conocimiento y gestión de las emociones

El hombre es mucho más que un “animal racional”: es un ser libre, inteligente y capaz de amar¹¹. Y las emociones están profundamente enraizadas en el cuerpo. El ser humano ha vivido un largo proceso de encuentro/desencuentro con su propio mundo afectivo y emocional a lo largo de la historia. Las diversas culturas han ofrecido, unas más y otras menos, elementos para que la persona se conozca y gestione a sí misma (con su libertad, su razón y sus emociones) del mejor modo posible. La cultura occidental de hoy, recién desencantada de la Ilustración y del racionalismo, se ha vuelto a volcar en la experiencia emotiva, acarreada por unos medios de comunicación que saben muy bien explotarla en su provecho. Y todo el mundo sabe lo que puede hacer el imperio de las emociones y de la pasión en la vida de las personas. Se da la paradoja de que en nuestro tiempo las ciencias psicológicas y sociales conocen mejor que nunca los mecanismos emotivos humanos, y en cambio el saber popular los ignora completamente, por lo cual la educación familiar e incluso escolar suelen dejar el desarrollo emocional a la espontánea intuición, y sobre todo a la influencia mediática. ¿Cómo va a haber libertad responsable sin una formación emocional adecuada?¹² Ésta contribuye, además, a desarrollar la capacidad de establecer auténticos vínculos de amistad más estables, duraderos y gratificantes.¹³

¹⁰ Cfr. A. Rubio: “Nuevo enfoque del estudiar”. En: *Pedagogía global de la familia*. Barcelona, Edimurtra 1986.

¹¹ Carta de la paz dirigida a la ONU. www.cartadelapaz.org

¹² Sahagún, Julio: *Plenitud de vivir*. Ed. Pax, México 2000, Pag. 264

¹³ Cf. Bisquerra, R.: *Educación emocional y bienestar*. Barcelona, Praxis 2000.

Decía el Card. Paul Poupard invitando a la “educación del corazón” que “*al escindirse de la razón, el sentimiento queda abandonado a la fuerza arrolladora de la pasión, al exceso del sentimentalismo inútil, al vagabundeo afectivo permanentemente en busca de relaciones que den sentido a la existencia.*”¹⁴ Sentimientos escindidos de la libertad responsable y de la razón, dan lugar a un panorama de infelicidad y anhelos imprecisos. El norteamericano Daniel Goleman propone una mayor conciencia en este sentido con su libro “La inteligencia emocional”¹⁵, en el que señala el total analfabetismo en que suele moverse el ser humano occidental en este campo. Hay que añadir a esto la conciencia de que el cuerpo, que expresa e incide en las emociones de un modo particularmente intenso, no es ni un extraño al cual ignorar, ni una deidad a la que adorar. Es sencillamente uno mismo, el sustrato individual e imprescindible de la propia persona, al cual hay que respetar y conocer en su alta dignidad. Emociones, afectos, vínculos, corporalidad: temas que hoy la educación formal deja ignorados, silenciados o abandonados a la respuesta intuitiva de los adolescentes, bajo la influencia de los medios de comunicación social.

La pedagogía de la amistad y de las relaciones humanas duraderas es la base de los vínculos familiares del futuro. Esta puede ser considerada la gran ausente y la más urgente de las necesidades formativas, que será más eficaz cuanto mayor sea la coherencia y el respeto de los adultos que rodean al joven.

Una referencia profundamente humana y de gran trascendencia para cimentar esta formación, son las Catequesis del Papa Juan Pablo II sobre la “Teología del cuerpo”, realizadas entre 1979 y 1981.¹⁶

Formación para la paz y la solución de conflictos

Quizá la mayor revolución que pueda pensarse en la formación humana del siglo XXI sea la del silencio. ¿No es urgente suscitar entre los niños y jóvenes, momentos y ambientes de silencio que les entrenen a no estar permanentemente estimulados y aturdidos? Una formación para la paz empieza por la paz con uno mismo. Y ésta requiere períodos de silencio y sosiego, en las que puedan emerger la reflexión, la confrontación interna, una mirada serena sobre las propias acciones y decisiones. El bombardeo de los mensajes mediáticos no podrá ser debidamente cribado, ni seleccionado o asimilado, sin silencio. Personas capaces de estar en silencio están mejor dispuestas para la meditación y la oración.
17

Paz con los otros: una variable inherente a la convivencia humana son las diferencias entre las personas. Por ello es necesaria la formación para asumir y gestionar esas diferencias, y más aún, para afrontar y solucionar o al menos manejar los inevitables conflictos que surgen en la convivencia estrecha o amplia. La paz es un desafío constante; una paz creativa y que ofrezca espacios de solaz y fiesta, no surge espontáneamente. Los niños han de saber que toda persona tiene su dignidad y debe ser respetada; que hay personas en situaciones de injusticia que no deben perpetuarse y que pueden y deben ser

¹⁴ Poupard, Paul: “*Inteligencia y afecto: notas para una paideia cristiana*”, lección inaugural del Curso Académico 2001/02. Universidad Católica San Antonio, Murcia 2001.

¹⁵ Goleman, Daniel: *La inteligencia emocional*. Vergara Ed., México 1997

¹⁶ Juan Pablo II: “*Enseñanzas al pueblo de Dios*”. BAC y Tipografía Vaticana, Madrid 1981.

¹⁷ Sahagún, Julio. Op. Cit, pág. 25

ayudadas. Paz, justicia, verdad, solidaridad... Todos valores que se cultivan a través del testimonio vivo de los adultos formadores.

La paz requiere -¡bien lo ha visto este inicio del XXI!- metas específicas, decididamente buscadas; un constante esfuerzo, requiere inteligencia y voluntad de muchos. Ofrecer a los niños esta formación no garantizará la paz, pero sí puede ampliar los espacios y tiempos de convivencia pacífica y más armoniosa.

Formación para la comunicación interpersonal y el trabajo en equipo

En el apogeo de la tecnología de comunicación, cada vez más personas permanecen aisladas y deprimidas. ¿Será que la comunicación interpersonal también requiere ser entrenada, alentada, ejercitada?

Quizá haya quien piense que es ir ya demasiado lejos el incidir con una formación específica también en esta área. ¿Es que no se puede dejar nada a la espontaneidad? Sin pretender dar respuestas categóricas, la contemplación de la realidad parece mostrar que existe un verdadero hueco en la capacidad de comunicación de mucha gente hoy. Los cambios sufridos por la familia en estos últimos 30 años han acarreado que muchas de las habilidades que se aprendían naturalmente en el hogar, hoy simplemente no están presentes. La comunicación interpersonal es una de ellas. Es necesario, pues, enseñar a los niños a realizar una comunicación oportuna, sincera, adecuada al receptor; cómo expresar las propias impresiones y sentimientos, valorar cuándo callar y cuándo hablar, saber escuchar, ponderar lo que se nos dice, etc. Es un gran bien para el niño aprender a expresarse (no sólo verbalmente), a modular sus mensajes de modo que el otro los comprenda, saber hablar “a modo del otro” en todo lo posible. La empatía, esa capacidad para sintonizar con lo que sucede a los demás, puede ser estimulada y es de gran valor en la era de las comunicaciones.

Así se favorece un ejercicio del diálogo, que es una de las bases para el trabajo de equipo y la inteligencia colaborativa. En la era de las “redes” y de la interactividad, de la interdisciplinariedad y la vida multicultural, una formación escolar individualista y competitiva está desfasada. Hoy se valora mucho a la persona capaz de formar parte de un equipo de colaboradores; ha quedado superado el mito de quien excluye a los demás para fulgurar en solitario. Tanto es así, que es el mundo empresarial el que estudia, impulsa y favorece la creación de buenos equipos de trabajo, con un clima positivo y donde el “factor humano” esté debidamente integrado. Esto significa un ejercicio más moderado de la autoridad, y en el principio de subsidiariedad, según el cual las personas responsables de un área la asumen verdaderamente, en un diálogo con los líderes pero con plena autonomía. Aspectos relativamente sencillos como una comunicación eficaz, claridad de objetivos, claridad de áreas de competencia, diálogo interdisciplinar, son parte de esta importante forma de trabajo¹⁸. Tales habilidades favorecen la participación activa en comunidades y asociaciones religiosas sanas y no sectarias.

En este aspecto las escuelas personalistas herederas de Emmanuel Mounier, Carl Rogers, Eric Erikson, y otros muchos autores contemporáneos, han avanzado mucho y ofrecen elementos amplios y variados para la formación para la comunicación, el diálogo y la participación ciudadana.

¹⁸ Finley, Michael: *Por qué fallan los equipos*. Ed. Grania, Madrid 1999

Conclusiones

Los inmensos esfuerzos y recursos que se dedican a la instrucción de los nuevos miembros de la sociedad no siempre se ven compensados por unos resultados satisfactorios. Más allá de las ilusiones de un progreso permanente, el perenne anhelo humano de paz y desarrollo requiere ir corrigiendo el camino conforme se ven los resultados de opciones erróneas anteriores. ¡Y bien que vemos los resultados de ignorar cómo se educa a los niños!

La “sociedad del conocimiento” supone y exige una educación global, que como señalaba al inicio, requiere insistir en tres aspectos: formación humana, formación ciudadana, formación instrumental y mediática. En todas ellas es necesario recalcar la centralidad de la persona, la familia y el grupo, como ejes del nuevo paradigma que está naciendo, de modo que las redes no lo sean de máquinas, sino de personas.

Quizá la pregunta más oportuna ante la precedente propuesta es: ¿quién puede, quién debe acometer tal empresa educativa necesaria y urgente? Seguramente nadie podrá hacerlo solo. Los Estados pueden ser entendidos como responsables del proceso global, a través del impulso de proyectos educativos a escala nacional. Pero además están las corporaciones intermedias, como asociaciones, comunidades religiosas, etc. La tupida red de entidades educativas, no sólo escuelas y universidades, sino institutos de estudio, centros de atención infantil, etc. Y -¡afortunadamente!- se cuenta hoy con los recursos que la propia tecnología ofrece: la educación a distancia, el e-learning y sus amplias posibilidades formativas. A través de Internet y otros soportes fuera de línea, el acceso a la educación puede ser ampliado drásticamente; sabiendo aprovecharla, con la conciencia de que no será nunca un sustituto de la relación educativa persona a persona, contamos con una herramienta providencial que apenas está dando sus primeros pasos.

Por eso uno se atreve a soñar, en el contexto más tecnificado que ha visto la Historia, que la propia sociedad favorezca conscientemente la maduración auténtica de sus miembros. Que ponga las bases para que las personas estén contentas y reconciliadas consigo mismas y su realidad. Que favorezca con urgencia la libre generosidad y la solidaridad social.

Las pistas aquí escogidas no agotan, evidentemente, un *desideratum* global. La persona humana sigue siendo ¡afortunadamente! un misterio apasionante e irreductible, digno de la máxima atención y de todos los esfuerzos de la sociedad.